

## EL LIBRO MEDIEVAL. PRODUCCION Y DIFUSION

Prof. Dr. JEAN VEZIN  
École Pratique des Hautes Études  
La Sorbona

### ABSTRACT.

The author offers a synthesis full of information of the history and development of the book in the Middle Ages in its material appearance as well as in its internal one. This analysis gives the author the opportunity of underlining other aspects of the book, such as its diffusion, social function, course of making, etc.

### PALABRAS CLAVE:

Libro, codicología, paleografía, bibliotecas..

A pesar de sus aspectos técnicos, el estudio del libro medieval aporta elementos de un gran interés para el conocimiento de la cultura en la Edad Media y sus diversos aspectos. Naturalmente, nos informa ante todo de la vida intelectual, pero también sobre la vida religiosa, artística -cuando se estudia la ornamentación del libro- las distintas profesiones en relación con su producción y difusión y, finalmente sobre diversos aspectos de la vida social.

En este artículo, me propongo tratar las modalidades de fabricación y difusión de los libros durante este enorme espacio de tiempo -cerca de mil años- que acaba en el siglo XV y particularmente con la invención de la imprenta.

El libro del cual hablaré es el *codex*, es decir, la reunión de varios cuadernos con texto manuscrito, cosidos mediante hilos y protegidos con tapas de madera o de pergamino, tal y como apareció entre el primer y el cuarto siglo de nuestra era y fué usado hasta el fin de la Edad Media. El *codex* se opone al libro de la Antigüedad tal como era conocido en la cuenca del Mediterráneo, el *volumen* o rollo. En la Edad Media fue utilizada una forma diferente de rollo que se llamaba *rotulus*, pero éste se empleaba sobretodo para copiar textos de interés administrativo.

El *codex*, al facilitar especialmente la búsqueda de citas, permitió un nuevo tipo de lectura y también, según lo creen algunos, un modo más riguroso de hacer un texto. Hasta tal punto que la aparición del *codex*

supuso mayores novedades a la hora de manejar un libro que la invención de la imprenta.

En el mundo antiguo, producir libros era una actividad servil o comercial. Comerciantes especializados, los *stationarii*, se encargaban de la copia y de la venta de los libros, fueran paganos, fueran cristianos. Así, sabemos que un *stationarius* llamado *Gaudiosus* hizo copiar en Roma cerca de la iglesia de San Pedro ad Vincula, un ejemplar de los cuatro evangelios según la traducción de san Jerónimo, es decir, la Vulgata. Este *stationarius* ejercía su profesión en el siglo V ó VI.

Sabemos que, desde el siglo VI, coexisten distintos métodos de producción de libros. Un caso muy bien conocido es el de Casiodoro, fallecido en 575, quien mandó copiar muchos volúmenes en el monasterio por él fundado en Vivarium, en la actual Calabria. Gracias a su obra intitulada *Institutiones divinarum et saecularium litterarum* conocemos la actividad del verdadero taller o *scriptorium* por él creado y que servirá como modelo de los *scriptoria* monásticos medievales. Todo lo que atañe a la producción del libro interesaba a Casiodoro, la encuadernación y su decoración incluidos. En efecto, él había mandado componer un libro de modelos de decoración para el uso de sus encuadernadores.

En la misma época, se copiaban también libros en los claustros y catedrales. Así, la biblioteca capitular de Verona, Italia, conserva aún un códice concerniente a la Vida de san Martín por Sulpicio Severo y la de san Pablo de Tebas por san Jerónimo copiado en el año 517 en la misma ciudad de Verona por *Ursicinus, lector ecclesiae veronensis*, (Ms. XXXVIII). Es posible que algunos manuscritos del siglo V conservados en esta biblioteca capitular fueran producidos en la misma catedral. Así, dicha biblioteca es la más antigua del mundo cristiano y permanece en el mismo lugar desde hace quince o dieciseis siglos.

Otra biblioteca capitular antigua, la de la Catedral de Lyon, se remonta por lo menos al siglo VII; lástima que fuera saqueada por los protestantes en el siglo XVI y confiscada en el tiempo de la revolución francesa al final del siglo XVIII. Ahora una gran parte de los códices lioneses se hallan en la biblioteca municipal de Lyon y en la biblioteca nacional de Francia. El más célebre manuscrito de Lyon, el llamado *Codex Berge* de los Evangelios pertenece hoy a la Universidad de Cambridge, cedido por el gran humanista Theodoro de Bèze.

Sin embargo, la mayor parte de los libros manuscritos de la alta Edad Media ahora conservados fueron transcritos en monasterios. La abadía de Bobbio, fundada hacia 612 en el Norte de Italia por el irlandés san Colombano, ha producido libros desde el principio del siglo VII y la Biblioteca

Nacional de Turín, y la Biblioteca Apostólica Vaticana poseen numerosos códices bobbianos. Dado el origen de su fundador, la influencia irlandesa es bien palpable en este *scriptorium*, que nos ha transmitido cierto número de textos antiguos de gran importancia en forma de palimpsestos, como el célebre *De Republica* de Cicerón.

Un poco más tarde, en el norte de Inglaterra, Benito Biscop (c. 628-690) fundó los monasterios de Yarrow y Wearmouth donde vivió en el siglo VIII Beda el venerable. Benito Biscop visitó algunas veces Italia. De sus viajes se trajo muchos códices que enriquecieron su biblioteca, particularmente libros procedentes directa o indirectamente de Vivarium.

En Francia conocemos *scriptoria* desde el siglo VII. Poseemos manuscritos copiados en esta época en la abadía de Luxeuil en Borgoña, fundada en 590 por Colombano -como Bobbio- y en su filial de Corbie. Además de los monjes que vivían bajo la regla de san Colombano, los benedictinos también se dedicaron a la copia de libros. Aún conservamos obras de algunos centros activos en el siglo VIII: Fleury, Tours, Saint-Denis, Saint-Amaud y otros. Lyon recibió, a finales del siglo VIII, clérigos procedentes de España que huían de los musulmanes, y llevaban consigo sus propios libros y que copiaron allí otros con su escritura típica que llamamos visigótica.

Los más antiguos *scriptoria* conocidos en los países germánicos se remontan también al siglo VIII: Saint Gallen en Suiza, fundado en el siglo VII por el irlandés Gallus y hecho benedictino un siglo más tarde; Echternach, fundado por el anglosajón san Villibrord al final del siglo VII; Fulda, fundado por otro anglosajón, Bonifacio hacia 750. También hay monasterios y catedrales del sur de Alemania fundados por irlandeses como Würzburg, Freising, Salzlung, entre otros.

Estos ejemplos son una muestra del importante papel desempeñado por irlandeses y anglosajones en la creación de monasterios en los siglos VII y VIII en Francia, Italia y Alemania y, en consecuencia, en la difusión de numerosos textos.

En España, la situación parece diferente, porque la invasión del 711 y la conquista musulmana cambiaron profundamente las condiciones de vida en el antiguo reino visigodo y provocaron la desaparición de casi todos los libros anteriores al siglo IX. Actualmente se conservan algunos libros procedentes de las catedrales de Sevilla y de Toledo. En esta misma ciudad de León, San Isidoro, el archivo de la Catedral poseen varios manuscritos de los siglos IX, X, y XI en escritura visigótica. Es bien conocido que algunos monasterios del norte de la península, muchos de ellos erigidos en el siglo X por monjes mozárabes procedentes de Al-andalus, han producido libros de

gran calidad desde el punto de vista de la caligrafía y de la iluminación: Valeránica, San Martín de Albelda, San Miguel de Escalada, Silos, San Millán de la Cogolla, se destacan particularmente con ciertos códices verdaderamente admirables como los copiados por Florencio en Valeránica, las dos colecciones canónicas procedentes de Albelda y de San Millán, ahora conservadas en El Escorial, El Beato de Silos o el de San Miguel copiado por Magius etc.

Dentro la alta Edad Media, la gran época para la transcripción de códices fué la segunda mitad del siglo VIII y el siglo IX. De este tiempo nos quedan cerca de 7000 ó 8000 manuscritos. El siglo X, tiempo de las invasiones normandas, húngaras y musulmanas en Europa es una época menos conocida. Sin embargo, varios estudios actuales demuestran que Inglaterra, España y Alemania, fueron producidos libros de gran calidad tanto desde el punto de vista de la escritura como de la decoración. En el siglo XI, y sobretodo en el XII, aumenta la cantidad de libros copiados en todo el mundo latino. Los nuevos órdenes religiosos centralizados, cartujo y cisterciense, son particularmente activos. Con el fin de formar bibliotecas, producen numerosísimos manuscritos muy semejantes los unos a los otros por su tamaño, escritura y decoración. Los textos copiados en estos códices también tenderán a la uniformidad, siendo generalmente textos litúrgicos.

Esta época está, así mismo, marcada por un nuevo fenómeno. Se crean centros de enseñanza que actuarán en el origen de las universidades en el siglo XIII. Por ejemplo citaré a Guillermo de Champeaux, profesor en la escuela del claustro Nuestra Señora al lado de la catedral de París. En el año 1113, fundó la abadía de Saint-Victor, abadía de canónigos regulares viviendo bajo la regla de san Agustín. El dotó esta abadía de una escuela donde afluyeron estudiantes. Saint-Victor poseyó también un *scriptorium* que ha producido libros hasta el fin de la Edad Media con una riquísima biblioteca que, en su mayor parte, ha llegado hasta nosotros.

Para satisfacer las necesidades de la enseñanza en las escuelas y luego en los colegios de la Universidad parisiense, era necesario multiplicar los libros. En efecto, la enseñanza se basaba en comentarios de textos como la Biblia o tratados como el *Liber Sententiarum* de Pedro Lombardo. Los estudiantes necesitaban varios libros, todos semejantes, para comprender las lecciones de sus maestros.

Los *scriptoria* tradicionales no podían producir una cantidad suficiente de códices para satisfacer todas estas necesidades. Nacieron entonces en el siglo XII en París, y se desarrollaron en los siglos siguientes, profesiones relacionadas con el libro: pergamineros, escribas, iluminadores, encuadernadores, librerías. Desde los principios del siglo XII talleres laicos

produjeron en serie Biblias glosadas muy características. Algunos encuadernadores utilizan un tipo nuevo de decoración calificado de románico aunque aparece casi en los primeros tiempos del arte gótico en Ile-de-France.

En el siglo XIII la Universidad controlaba las profesiones relacionadas con los libros, particularmente las que hacían negocio de ellos. Como en la Antigüedad, se las llamó *stationarii*. Estos *stationarii* vendían libros nuevos y de segunda mano. Alquilaban modelos -llamados *exemplaria*- para copiar textos de estudio, especialmente tratados de filosofía y de derecho o Biblia. Para hacer estas transcripciones, los copistas utilizaban una técnica particular, la *pecia*, que permitía multiplicar las copias de un mismo *exemplar* en tiempo reducido. Desde el siglo VIII por lo menos, los escribas intentaron copiar rápidamente libros. El método consistía en distribuir los cuadernos del código modelo entre varios escribas. Era así posible hacer una copia en un tiempo más o menos reducido según el número de escribas encargados de copiar el modelo. Un manuscrito carolingio conservado en la biblioteca municipal de Angers (675) fué así transcrito por más de treinta escribas diferentes, uno por cada cuaderno. En este caso límite se puede pensar que la transcripción del modelo no ha necesitado más que algunos días.

El propósito de la *pecia* es diferente. Se trata de producir en un mismo tiempo el número más grande posible de copias del mismo *exemplar*. Para obtener este resultado, el *stationarius* que poseía un *exemplar* alquilaba este modelo, cuaderno tras cuaderno, a profesores, estudiantes o escribas de profesión. Cuando el copista había terminado la transcripción de un cuaderno, lo restituía al *stationarius* y alquilaba el siguiente y así sucesivamente. Con una buena organización era posible establecer un turno entre algunos escribas. En este caso, el tiempo consagrado a copiar un texto no era reducido pero era posible hacer varias copias del mismo modelo en el mismo tiempo.

Los profesores de la Universidad controlaban muy estrechamente la copia de estos libros. En efecto, destinados a la enseñanza, era conveniente que profesores y estudiantes pudieran disponer de los mejores textos, lo más semejantes posible. Entonces en París y en otros lugares se produjeron Biblias de tamaño muy reducido que fueron llamadas *Biblias de la Universidad*. Claro está, este método de producción de libros fué utilizado no solo en la Universidad de París sino también en otras. Bolonia, en particular, fué un centro activo de copia de libros jurídicos y de medicina.

En esta época, el siglo XIII, el aspecto de los manuscritos cambia considerablemente. Para economizar profesores y estudiantes, aunque no eran escribas profesionales, copiaban frecuentemente libros para su propio uso. Los libros copiados en tales condiciones se caracterizan por el uso de

pergamino mal cortado y de mala calidad así como por una escritura irregular.

Los escribas profesionales, de otro lado, quieren ganar el máximo dinero posible. Multiplican innovaciones para hacer el trabajo suyo más fácil y más rápido. Eso explica los numerosos cambios que se manifiestan en el arte del libro a partir de los años 1230. La copia de libros es más que una ocupación piadosa de monjes, es el trabajo de hombres, clérigos o laicos, para los cuales era un recurso.

La decoración también cambia. Mucho más que en las épocas anteriores, la iluminación llega a ser un trabajo colectivo en el cual intervienen varios artesanos bajo la dirección de un jefe y de un contratista.

Además de los clérigos y los universitarios, otras personas quieren comprar libros. Entonces, aparece una clientela principesca que hace encargos de libros muy lujosos, minuciosamente caligrafiados y suntuosamente decorados, por deseo de cultura, y también de prestigio. Varios de estos mecenas son ilustres: el rey de Francia, Carlos V, los duques de Berry y de Borgoña; en España, el primero de estos verdaderos bibliófilos fué el rey Alfonso X el Sabio. Según Jesús Domínguez Bordona: "*Ningún monarca español fomentó con mayor cariño y sabiduría el arte de los bellos libros*". Sería muy largo enumerar los monarcas españoles que mandaron copiar bellos libros, hasta los Reyes Católicos.

En Italia, existen además, los profesionales, que encargaban libros útiles para su profesión, en lugar de libros piadosos. En la región renana el movimiento de la *Devotio moderna* ha multiplicado el número de obras de espiritualidad. Así, en los últimos siglos de la Edad Media se tendía hacia una diversificación entre los amantes de libros y se produce un aumento de su número. Este fenómeno, de una importancia social considerable, está estrechamente ligado a la multiplicación de libros manuscritos y a la aparición de la imprenta.

Los libros manuscritos actualmente conservados en las bibliotecas no representan más que una pequeña parte de los que existieron. Algunas bibliotecas medievales desaparecieron totalmente. De otras solo pocos manuscritos quedan, como es el caso de la biblioteca de la abadía de Saint Denis cerca de París. En el siglo XV, la biblioteca sandionysiana poseía 1500 libros. ahora solo conocemos 150 ejemplares, es decir, tan solo un diez por ciento.

Por otro lado, son raros los volúmenes que contienen las indicaciones sobre el lugar y la fecha de su transcripción. Por eso los especialistas de libros medievales recogen todos los datos, incluso los más ténues, para

contestar a varias cuestiones esenciales: dónde fue copiado el códice, por quién y en qué fecha.

La Codicología permite dar elementos de respuesta. Esta disciplina, bastante reciente, estudia en primer lugar el soporte de la escritura, papiro, pergamino o papel. A la inversa de lo que piensan algunos, el papiro fue aún utilizado durante la Edad Media, especialmente en la cancellería pontificia que ha producido bulas sobre papiro hasta mediados del siglo XI de las cuales algunas se conservan en el archivo catedralicio de Vich.

Actualmente, varios investigadores estudian el pergamino para precisar el tipo de animales de dónde provienen las pieles utilizadas para copiar libros: oveja, cabra, becerro u otros. La preparación de la piel ha evolucionado a lo largo de los siglos. En particular, se ha observado que en varios manuscritos del siglo XIII y de los siglos siguientes se utiliza un pergamino muy fino, especialmente para copiar biblias de pequeño tamaño, de las cuales ya he hablado antes. Los escribas insulares también han fabricado un pergamino muy característico de aspecto.

Los manuscritos latinos en papel más antiguos proceden de África del Norte y de España y pueden situarse, sin duda, entre los siglos X y XI. Existen fábricas de papel en Fabriano (Italia) desde el siglo XIII y en Francia desde el siglo XIV. A partir del final del siglo XIII se observan en las hojas de papel emblemas de fabricantes llamados *filigranas*. El estudio de estas filigranas permite algunas veces precisar la fecha de un códice con bastante exactitud. Por su lado, el papel español está caracterizado, en cierta época, por una señal en figura de zig-zag, cuyo significado ahora es desconocido.

Cualquiera que sea la materia empleada para realizar un libro, se necesitaba reunir hojas para formar cuadernos. Desde la Baja Antigüedad, los cuadernos se componían de cuatro o cinco pliegos, formando cuaterniones y quiniones. Durante toda la Edad Media, se han empleado principalmente cuaterniones; pero aparecieron en el siglo XIII, siglo de las Universidades, cuadernos de seis, doce y más bifolios. Eso era posible con motivo del empleo de un pergamino muy fino. Para formar los cuadernos, se utilizaban hojas previamente recortadas al tamaño conveniente. Se utilizaban también pieles enteras plegadas una, dos o tres veces según el formato buscado.

Durante los siglos IV, V o VI, el formato de los libros era frecuentemente cuadrado. Imitando esta moda antigua, varios talleres carolingios produjeron libros de formato cuadrado. Esta moda sobrevivirá aún en algunos *scriptoria* del siglo XI. Pero, comunmente, como hoy, los libros eran rectangulares.

Tampoco es indiferente la distribución de las hojas en el interior de los cuadernos. Generalmente, las dos hojas que se ofrecen al lector, cuando el

fascículo está abierto, presentan el mismo lado del pergamino: pelo-pelo o carne-carne. Esta norma fue puesta de relieve por el erudito Gaspar Gregory en el siglo pasado. Por eso se habla frecuentemente de *Principio o ley de Gregory*, a la imitación de lo que ocurre en las ciencias físicas. Las excepciones a esta ley, muy escasas, tienen un gran interés.

Una vez las hojas cortadas, los escribas perforaban unos minúsculos orificios en los márgenes de las páginas, o menos frecuentemente, en el interior del folio con vista, para trazar el rayado que servía de guía al copista. Este rayado podía realizarse con punta seca, o bien mediante lápiz o tinta. El escriba traza las líneas de justificación que limitan la parte escrita de la página y las líneas rectoras destinadas a servir de soporte del texto propiamente dicho. Se necesita examinar las diferentes técnicas de perforación y de rayado; en efecto, éstas cambian según las épocas y los lugares. En este sentido, los escribas españoles de los siglos IX, X y XI, usan técnicas típicas actualmente estudiadas por el erudito holandés Adrian Keller. El rayado con lápiz aparece a finales del siglo XI y principios del XII y con tinta al final del siglo XII.

También merece hacer caso de otras particularidades, como las firmas y los reclamos. En los códices más antiguos y durante toda la Alta y Plena Edad Media, se indicaba el orden de los fascículos mediante una numeración romana y en los últimos siglos, XIV y XV, arábiga, trazada al pie de la última página de cada fascículo. A partir de los años 1230 en los códices realizados, como se supone, en talleres laicos se llaman firmas algunos signos compuestos de cifras, letras, puntos, trazos, y pequeños círculos. Estos signos indican el orden de los diferentes bifolios que componen un cuaderno con el fin de facilitar el trabajo del encuadernador.

El reclamo es un modo de expresar el orden progresivo de los pliegos. Consiste en escribir en el margen inferior de la última página de un fascículo las primeras palabras del siguiente. Si se exceptúan dos o tres códices de los siglos VIII y IX, la casi totalidad de los manuscritos del siglo X que tienen reclamos fueron copiados en España. En el siglo siguiente hay también códices italianos y de Francia del sur con reclamos. Esta técnica se difunde en todo el mundo latino durante el siglo XII y no fue empleada por los copistas griegos hasta el siglo XV o XVI cuando emigraron de Bizancio.

En ocasiones, el estudio de la escritura permite fechar o localizar los códices con bastante precisión. En efecto, según las regiones y los tiempos, la escritura latina ha experimentado una evolución tal que, adquirió formas peculiares y características. Varios paleógrafos han descrito las particularidades de la escritura utilizada en un escriptorio particular o en un país, como es el caso, por ejemplo, de la letra visigótica o la letra beneventana. También



es muy característica al fin de la Edad Media, la letra humanística. Pero se puede precisar más: eruditos como Léopold Delisle o Bernhard Bischoff han descrito las particularidades de la escritura de Tours, de Corbie, de Chelles, etc. en los siglos VIII y IX. Las investigaciones en el campo de los escritorios hasta el siglo XIII permiten en varios casos atribuir la transcripción de algunos manuscritos a un sitio particular. Así pueden hacerse progresos importantes en el conocimiento de los códices desde un punto de vista histórico. Pero, señalaré que sabemos muy poco sobre los manuscritos de la época gótica.

El acto de copiar era lento y penoso. Por lo menos hasta el fin del siglo XII, los escribas escribían sobre un atril dispuesto sobre sus rodillas. "*Ardua scriptorum quae cunctis artibus est*" ha escrito un calígrafo en un códice del siglo IX: Muchas veces, escribas observan que la gente que no sabe escribir piensa que no es un trabajo:

"Ille homo qui nescit scribere, nullum se putat habere laborem"

"Tres digiti scribunt, totumque corpus laborat"

(Tres dedos escriben y todo el cuerpo trabaja)

Un escriba de Silos añade:

"oculis caliginem fecit, dorsum incurbat, costas et ventrem frangit,  
renibus dolorem inmittit et omne corpus fastidium nutrit"

( nubla los ojos, inclina las espaldas, estropea las costillas y el  
vientre, lastima los riñones y el asco invade todo el cuerpo)

Esta penosa labor podía durar mucho tiempo. Sin embargo, es difícil tasar el tiempo necesitado por un escriba para copiar una página. Solo conocemos tres manuscritos en los cuales los escribas han notado cada día el avance de su trabajo. De otra parte, según el tamaño del códice y el tipo de letra utilizado la transcripción era más o menos rápida.

La decoración constituye otro aspecto importante del estudio de los manuscritos. Estudio muchas veces espectacular que, desde hace tiempo, merece el mayor interés de los investigadores. En efecto, algunos manuscritos fueron iluminados por grandes artistas, y son numerosos los estudios dedicados a códices decorados por un iluminador conocido o realizados en una región o en un ambiente particular en una época determinada. Así publicaciones importantes han tratado de la iluminación carolingia o de los dibujos anglosajones. Jesús Domínguez Bordona ha escrito mucho sobre manuscritos con pinturas conservados en España. Ciertas bibliotecas, como la Bodleian Library en Oxford o las Bibliotecas Nacionales de París y Viena publican catálogos de sus códices miniados. Estos repertorios constituyen unas guías útiles.

Pero los manuscritos iluminados no son los más numerosos. En su mayor parte, los libros medievales son más bien austeros. Su belleza viene de la cualidad de la escritura y de la organización de la página. Pero si las imágenes de grandes dimensiones son bastante raras, en cambio numerosos códices contienen iniciales más o menos decoradas que necesitan un atento estudio. Algunas veces, es posible juzgar la época y la localización de un manuscrito según sus iniciales, incluso las más modestas.

Desde el siglo XIII, especialmente, conviene examinar muy atentamente las letras que se llaman filigranadas. A menudo con ellas se puede reconocer rápidamente si un códice procede del norte o del sur de Francia, de Italia etc. Desde los trabajos de Ellen J. Beer sobre las iniciales producidas en la región del Rin, algunos investigadores, como François Abril, se han dedicado al estudio de este tipo particular de iniciales. Así, un atento estudio de las filigranas de los cuatro o cinco manuscritos del *Livre des tournois* compuesto para el rey René d'Anjou ha permitido al historiador de la miniatura Bob Delaissé identificar el ejemplar personal del rey.

El arte de iluminar era muy complejo y varios artesanos podían intervenir para hacer una imagen. Primeramente, el encargado de taller indicaba el programa o el tema de la decoración. Luego él o un dibujante trazaba el contorno de la imagen. Si llega el caso, un especialista aplicaba el oro. Solo después intervenían los pintores, entre los cuales se pueden distinguir los que pintan paisajes, elementos de arquitectura, cuerpos y trajes.

Gracias a ciertas iluminaciones que quedan sin acabar, es posible entender este complejo trabajo de equipo. Que yo sepa, los más antiguos testimonios figuran en un códice emiliano de "La Ciudad de Dios" de final del siglo X; pero es en el siglo XIII y en los siglos siguientes donde se puede estudiar mejor el trabajo de los iluminadores, desde el esbozo al lápiz hasta la realización final. Los encargados de taller utilizaban diversas letras o marcas para indicar los colores que debían emplear los iluminadores. Como se ve, una vez más, el más pequeño indicio puede facilitar preciosas informaciones y no se debe pasar por alto nada en el estudio de un códice. Esa es la razón por la cual ahora se estudian con métodos fisicoquímicos los pigmentos utilizados en la iluminación.

La encuadernación constituye la última operación en la hechura de un manuscrito. Por varios motivos, muchos manuscritos han perdido su encuadernación original. Sin embargo, quedan sobre algunos códices muy interesantes encuadernaciones de varias épocas que permiten estudiar este arte que ha producido tan numerosas obras maestras, sobre todo, en mi sentido personal, en el siglo XVI, según mi opinión.

Se conservan aún bastantes encuadernaciones medievales de originales. En el mundo latino las más antiguas se remontan a los siglos VII y VIII. En Francia y Alemania, empiezan a ser abundantes a partir del siglo IX. Es útil estudiar la técnica empleada por los encuadernadores, pues se ha evolucionado durante toda la Edad Media. Lo mismo ha ocurrido en lo que se refiere al decorado de las tapas.

Además de su vertiente histórica y artística, el estudio de las encuadernaciones originales ayuda a darse cuenta de cómo era el códice en el momento de su realización, lo cual puede ser de gran interés para los historiadores de los textos y a los filólogos en particular.

Las encuadernaciones tienen algunas veces otro interés. A finales de la Edad Media, las tapas se fabricaban frecuentemente a base de cartones con hojas de papel o pergamino pegadas. Esta hojas eran sacadas de desechos, restos de archivos, de libros. Recientemente, fueron descubiertos en una encuadernación del siglo XVI procedente de San Martín de Tours pergaminos de la época merovingia y papiros griegos.

Generalmente, se cree que los monasterios de la alta Edad Media poseían sus propios talleres de encuadernar. Es posible. Sin embargo, se puede preguntarse si no han existido artesanos ambulantes cuyos servicios contrataban los monasterios y las catedrales. En efecto, sabemos que ha ocurrido en el caso de pintores. De todos modos, desde el siglo XII, existen talleres laicos de encuadernar y durante los últimos siglos de la Edad Media conocemos en París libreros que ejercen también la profesión de encuadernador. Sabemos, igualmente, que los bedeles de algunas universidades encuadernaban libros.

Hasta el siglo XII, no parece existir ningún comercio del libro propiamente dicho. Cada catedral, cada monasterio produce los libros necesarios para su vida religiosa e intelectual. Sin embargo, a veces, algunos *scriptoria* se especializaban en la copia de ciertos textos destinados a una clientela exterior. Así, San Martín de Tours produce durante la primera mitad del siglo IX numerosas *biblias* de gran tamaño de las cuales quedan 45 ejemplares completos o fragmentarios. Se necesitaba una verdadera organización para producir tales libros que cuentan cerca de 450 folios cada uno y están algunas veces suntuosamente iluminados. Por aquella misma época, el taller de Tours ha realizado copias de Evangelios y de libros de textos concernientes a San Martín llamados por eso *Martinelli*. El monasterio de Saint-Amand, en el norte de Francia, también ha producido evangelios y sacramentarios en los años 840 a 880.

En el siglo X el *scriptorium* de Fulda en Alemania era especialista en la copia y en la iluminación de sacramentarios. En el siglo XI, Echternach ha producido evangelios de gran lujo destinados sobre todo al emperador.

Habitualmente los clérigos tomaban libros de una biblioteca para copiarlos como se puede observar en la correspondencia del abad Lupo de Ferrières, no lejos de Orléans, en el siglo IX o en la de Gerbert, arzobispo de Reims y luego papa Silvestre II hacia el año mil. Solo a partir del siglo XIII, con el desarrollo de las universidades, se crea una clientela laica cada vez más amplia. En el mismo tiempo se desarrolla la profesión de librero compartida frecuentemente con otras actividades relativas al libro como las de pergaminero, iluminador, encuadernador.

La necesidad acrecentada de libros ejerció presión sobre los productores. Para satisfacerla se necesitó descubrir un procedimiento de producción del libro diferente de la copia manual. La solución a este problema fué la imprenta que permitió producir numerosos ejemplares idénticos de un texto. La apariencia del libro sigue siendo la misma. La situación del lector en frente del libro no se cambia, a la inversa de lo que ocurrió en la antigüedad cuando el *codex* fué sustituido por el *volumen*.

## BIBLIOGRAFÍA sumaria

Lecnard E. BOYLE, *Medieval latin Palaeography. A bibliographical introduction*, Toronto 1986 (Toronto medieval bibliographies, 8).

Bernhard BISCHOFF, *Paläographie des römischen Altertums und des abendländischen Mittelalters*, 2ª ed., Berlin 1986 (Grundlagen der Germanistik, 24). Traducción francesa, italiana, inglesa.

Agustín MILLARES CARLO, *Tratado de paleografía española*, en colaboración con José Manuel Ruiz Asencio, 3ª ed., 3 vol., Madrid 1983.

Alphonse DAIN, *Les manuscrits*, 2ª ed., Paris 1964.